

dactaba también su testamento. Las elecciones parisienses, que fueron naturalmente las primeras de que se tuvo noticia en los círculos oficiales, causaron un despecho tan grande que no fueron bastantes á disiparlo las noticias posteriores de las provincias, que tampoco lograron borrar el efecto de la decepción sufrida. Los enemigos del ministro, bastante numerosos por cierto, aprovecharon la ocasión para denunciar sus rarezas, sus torpezas y sus brusquedades: el emperador, á su vez, empezaba á cansarse de aquel servidor tan incómodo como fiel, y un decreto de 23 de junio decidió su destitución, aun cuando para que no pareciera que había caído en completa desgracia, Napoleón premió sus servicios otorgándole el título de duque.

La caída de Persigny trajo consigo la modificación del gabinete, y también salió de él Walewski, que en casi todas las cuestiones había sido el contradictor de aquél. El ministerio de Estado fué encomendado á Billault con atribuciones mucho más amplias, porque se le encargó la representación del gobierno en las Cámaras, quedando suprimidos los ministros oradores. Baroche dimitió al propio tiempo la presidencia del Consejo de Estado, recibiendo en cambio el ministerio de Justicia, que dejó Delangle. La presidencia del Consejo de Estado fué confiada á Rouher, cuyo ministerio de Comercio y Agricultura pasó á manos de Behic, hasta entonces director de las mensajerías imperiales. El ministerio de Instrucción pasó de Rouland, que fué indemnizado con la lucrativa sincura de gobernador del Banco de Francia, á Duruy, autor de muchos libros de enseñanza de historia y geografía que estaban esparcidos sobre la Francia en doscientos mil ejemplares; Boudet, finalmente, fué nombrado ministro del Interior, habiendo sido hasta entonces presidente de una sección del Consejo de Estado. Como antiguo amigo de Billault, la posición de éste contribuyó á su nombramiento. La misión que correspondía á Billault como representante del gobierno ante las Cámaras no podía conciliarse bien con la Constitución, aunque el *Monitor* lo afirmó así; pero de lo que no había duda ninguna era de que fuera de Billault no había otro capaz de encargarse de la lucha oratoria con la oposición. Sus adversarios del Parlamento le predijeron que no resistiría la carga inmensa que había echado sobre sus hombros, y una declaración pública de Morny, según la cual Billault no había tomado la parte que los periódicos le atribuían en el nuevo orden de cosas, dió á conocer que encontraría también por este lado grandes dificultades. Faltaba que la experiencia justificara la confianza con que fué recibido su nombramiento; mas no pudo hacerse esta experiencia, porque tres meses después la muerte arrebató á Billault á su país y al Imperio.

Entre los nuevos ministros, Duruy, que se sostuvo unos seis años en su puesto, resultó el más activo de todos y fué autor de muchas reformas provechosas en el ramo de instrucción pública. Con prudencia y circunspección, pero con mano segura, acabó gradualmente con el sistema de bifurcación en las escuelas superiores; introdujo la enseñanza de la historia de los tiempos modernos, la gimnasia y finalmente los ejercicios de tiro; organizó las escuelas

especiales, propuso la enseñanza gratuita en las escuelas elementales, fomentó la instrucción de las niñas por el Estado, que hasta entonces había corrido enteramente á cargo de la Iglesia; fundó en las grandes ciudades escuelas nocturnas



Eugenio Rouher, ministro de Estado

de adultos, socorrió á las sociedades científicas en las provincias y siguió en sus disposiciones siempre principios moderadamente liberales. Esto le atrajo conflictos con el partido clerical, sin que por esto contentara siempre á la oposición liberal, cuyos individuos más entendidos supieron no obstante apreciar por un lado los méritos del ministro y por otro los obstáculos que tuvo que vencer. «El

espíritu que introdujo en el ministerio, dice Enrique Martín, discrepó demasiado de la corriente general del imperio; la marcha que se propuso fué demasiado inteligente y rápida para que se le hubiese permitido seguir por mucho tiempo en esta dirección.» En efecto, tuvo que reducir á menores proporciones y efectuar con más lentitud muchas de las cosas que se propuso; pero á pesar de esto, su administración forma una de las páginas más gloriosas de la historia del Imperio.

Durante el verano de 1863 las reformas de Duruy fueron las que despertaron principalmente el interés público, además de la política extranjera, en la cual ocupaba preferentemente la atención la agitación de la Polonia. En general, la agitación del período electoral fué seguida de cierto cansancio. Esperábase que cesaría al abrirse la nueva legislatura; mas la inesperada muerte de Billault, ocurrida en 13 de octubre de 1863, hizo vacilar toda la organización del gobierno realizada en junio, siendo más que dudoso que entre todas las notabilidades del bonapartismo se encontrara un individuo que pudiese reemplazar al difunto. Morny y otros instaron al emperador para que redujese de nuevo las atribuciones del ministerio de Estado y encargara por medio de un senadoconsulto á todos los ministros la defensa de las leyes nuevas en el Senado y en la Cámara de diputados. Napoleón, sin embargo, no siguió estos consejos, sino que nombró sin vacilar, en 18 de octubre, á Rouher ministro de Estado, reemplazándole en la presidencia del Consejo de Estado Rouland con tres vicepresidentes, Forcade de la Roquette, Chaix-d'Est-Ange y Vuitry.

Esta resolución tuvo una trascendencia extraordinaria. Se dudaba que Rouher, á pesar de su grande aptitud, resultara á la altura del papel que se había destinado á Billault; pero todo el mundo estaba convencido de que mucho más que su predecesor, sabría impedir que se ejerciese otra influencia que no fuera la suya sobre el emperador. Creíase firmemente que procuraría hacerse consejero y representante único del soberano, y así sucedió hasta más allá de lo que nadie pudo prever. Facilitaron á Rouher esta posición dos circunstancias: primera, la muerte de Mocquard y de Morny, que por su situación habrían podido ejercer una influencia enteramente especial sobre el ánimo de Napoleón; y segunda, los padecimientos físicos que desde el año 1865 impidieron frecuentemente al emperador dedicarse como antes á los asuntos del gobierno y aumentaron su antigua aversión á tratar con nuevas personas. Como los rivales de Rouher, Walewski, Persigny, Maupas y otros, no se cansaban de procurar la caída del ministro, las intrigas en la corte se hicieron más apasionadas que nunca, valiéndose los envidiosos preferentemente de las reformas liberales, naturalmente con gran daño del país y del desarrollo de su constitución.

## XVII

LA SOCIEDAD FRANCESA AL INICIARSE LA DECADENCIA  
DEL SEGUNDO IMPERIO

El estado moral del pueblo francés, y particularmente de la sociedad más elevada, era tan poco lisonjero, que no cabe negar que contribuyó á la decadencia del Imperio. Antes de pasar á ocuparnos de él, conviene advertir que no se debe imputar á toda la Francia los males que emanaban más particularmente de París; pero también se debe confesar que á causa de la inmensa influencia que la capital y su gobierno centralizador ejercían sobre el resto del país, se extendió irresistiblemente el contagio. También sería injusto atribuir al Imperio toda la responsabilidad de la desmoralización creciente, pues sus caracteres principales aparecieron ya bajo la monarquía de julio.

Para pintar con sus verdaderos colores, bastante oscuros por cierto, dicho estado social, no acudiremos á lo que puedan decir de él los historiadores extranjeros, sino que á fuer de imparciales trasladaremos á este capítulo algunas consideraciones debidas á escritores franceses, testigos naturalmente de mayor excepción.

Uno de ellos, E. Montegut, dijo, describiendo al joven francés, «que dotado por la naturaleza de cualidades nobles, tenía que reconocer á su entrada en la sociedad que para ella todo sentimiento noble y generoso era un objeto de lujo, y que el que no quisiera ser explotado ni ponerse en ridículo necesitaba resolverse á luchar con las armas que la misma sociedad le daba. El joven francés, añadía Montegut, opone á la dureza el egoísmo; no se fía ni desconfía en absoluto de las personas que le rodean; quieren explotarle y por lo mismo se cree con derecho á explotarlas á su vez. Para él la sociedad representa un cambio de servicios lucrativos; es duro y cruel con toda tranquilidad de conciencia; es generoso con orgullo y sin entusiasmo. No conoce el odio porque no da resultados provechosos; para él es tan inútil vengarse como perdonar, pero al mismo tiempo no olvida. De esta manera sólo cuenta consigo mismo, convencido de que el hombre es el enemigo natural del hombre. Su conciencia le prohíbe devorar á nadie, pero cumpliendo con este deber se considera con derecho á luchar hasta lo último para no dejarse devorar por los demás.» Esto escribió el citado autor, que muy lejos de pertenecer á la oposición fué desde 1862 el crítico literario del *Monitor oficial*.